

www.puntodelectura.com

GONZALO TORRENTE BALLESTER

La rosa de los vientos

Materiales para una opereta sin música

punto de lectura



Gonzalo Torrente Ballester (Ferrol, A Coruña, 1910-Salamanca, 1999), profesor, periodista, crítico, dramaturgo y novelista, es uno de los más notables escritores españoles del siglo xx. Entre su extensa obra destacan la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), *Don Juan* (1963), *Off-side* (1968), *La saga/fuga de J. B.* (Premio de la Crítica 1972), *Fragmentos de Apocalipsis* (Premio de la Crítica 1977), *La Isla de los Jacintos Cortados* (Premio Nacional de Literatura 1981), *Filomeno, a mi pesar* (Premio Planeta 1988) y *Crónica del rey pasmado* (1989). Miembro de la Real Academia Española desde 1975, recibió también, entre otros muchos, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1982 y fue el primer novelista español galardonado con el Premio Miguel de Cervantes, en 1985.

www.gonzalotorrenteballester.es

GONZALO TORRENTE BALLESTER

La rosa de los vientos

Título: La rosa de los vientos

© 1985, Gonzalo Torrente Ballester

© Herederos de Gonzalo Torrente Ballester

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: septiembre 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2116-7

Depósito legal: B-32.727-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Jesús Acevedo

Diseño de colección: Jesús Acevedo

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A Patricia, Marcos, Gonzalo,
Rafael y Verónica,
siempre en mi corazón*

Justificación

*Ignoro si se me perdonará, si se me tolerará siquiera, la publicación, en menos de un año, de dos «manuscritos ballados», por muy diferentes que hayan sido las circunstancias de su hallazgo o de su llegada a mis manos, por mucho que diverjan sus materiales. No estoy, sin embargo, muy seguro de que mi conciencia necesite del perdón o de la tolerancia, pues en estos últimos tiempos observo en ella cierta sospechosa tendencia a campar por sus respetos que debería causarme preocupación, o, al menos, un *mínimum* de inquietud; pero como la una y la otra son a su vez cosas de la conciencia, y es ésta la que se ha proclamado autónoma, la verdad es que me encuentro en un verdadero lío de indiferencia. Esto no me exime de redactar e insertar, precisamente aquí, eso que llamé «justificación» y que debiera haber llamado asimismo «complemento», pues la historia en que consiste (breve), al mismo tiempo justifica, desde el punto de vista literario, único válido aquí, la publicación de un manuscrito, completa alguno de los acontecimientos que en él se narran y que dejan en el espíritu lector la interrogación, la duda o la insapiencia. Y esto, por tratarse de una historia de amor, es grave. Lo único que, en la literatura como en la vida, exige un remate cabal, son las historias de amor. Voy al grano, pues, con permiso o sin él, que da lo mismo.*

Es, si no probable, al menos posible, que algún lector recuerde la persona y el nombre de don Annibal Mario Mkdonald de Torres Gago Coutinho Pinto da Cámara da Rainha, un viejo amigo mío que con su nombre y su figura pasó a una de mis narraciones. Como no le pareció mal, y hasta se congratuló de que hubiera hecho tan buen uso de su nombre y de su persona, seguimos siendo amigos, y tan campantes. Pero empezó a sentirse viejo, que es lo peor que le puede pasar a uno cuando realmente lo es y se adivina la precariedad de la tasa de vida que realmente queda, por grande que sea el optimismo. Don Annibal, quizá por haber gozado de lo lindo, veía sin grandes cuidados la proximidad de su fin, que llegó tan tranquilamente, sin dolores aparatosos, sin más que un ligero malestar que comenzó una tarde de otoño, a la hora del crepúsculo, dulce y húmeda, y se llevó a don Mario hacia la madrugada. Él se dio cuenta, y recibió la muerte como los santos y los filósofos. (No deja de ser posible, y hasta ejemplar, que otros golfos como él la reciban con la misma tranquilidad.)

Algún tiempo antes, me había legado unos cuantos cartapacios, bien ordenados y marbeteados. «Son cosas mías y usted verá lo que hace. Pero éste no es cosa mía (se refería al manuscrito que guardaba) y por eso le voy a contar algo. Estaba ya en mi casa, dentro de esos mismos cartones, cuando yo era niño, y su lectura se les había prohibido a mis hermanas, que fueron, por lo tanto, quienes más lo leyeron y quienes me relataron la historia antes de que yo estuviese en situación de leerla. No la entendía bien; pero, cuando la leí ya hecho un hombre, la entendí. Se le llamaba El manuscrito de la Princesa aunque, como usted ve, lleva en inglés el título inaprensible de La rosa de los vientos. A la princesa de quien procede la recuerdo vagamente: una anciana de gran empaque, muy

estirada, que en una quinta del norte de Portugal, cercana a la de mis padres, se dedicaba al cultivo de camelias, flor de la que obtenía, según oí decir muchas veces, ejemplares extraños y maravillosos, mediante cruces de semillas y otras operaciones que sólo entonces se le ocurrían a ella. Por cierto que murió a consecuencia de una caída: se había subido a una escalera de mano y podaba sus árboles. Resbaló, se escachizó los huesos, y se le fue la vida pocos días después. Por cierto que trajo un lío lo de enterrarla, porque no era católica y por cierta reputación de que ya le hablaré. Se pusieron telegramas a Lisboa, de allí se ordenó su embalsamamiento, alguien vino un día con poder, metieron el féretro en el tren, y se dijo que la habían trasladado a su tierra, en un país septentrional, donde la habían enterrado en un rincón de una catedral luterana. Dios la tenga en su gloria.

»Pues la reputación de que le hablé le venía de que, algunos años atrás, no vivía sola, sino con un caballero bastante mayor que ella, así como treinta años, también de gran prestancia, y a quien llamaban el Rey, nunca se supo por qué, quizá por la elegancia de destronado digno que tenía. Unos decían que si era el padre de la Princesa; otros, que el amante, y algunos que ambas cosas: de ahí lo terrible de los rumores; como que alguna gente llamaba a aquella finca de las camelias “La quinta del pecado”, y se lo siguieron llamando. Lo único cierto era que la Corte de Lisboa los protegía y probablemente los sostenía, quién sabe si como a reyes en destierro, y que cuando él murió, se lo llevaron también, embalsamado, a algún lugar lejano. Por ella, solitaria, pasaron años y guerras, así como alguna revolución. Jamás le sucedió nada, porque, a pesar de la leyenda, era buena con la gente y la gente la amaba. Vivía, con modestia, de sus flores, y con la altivez de un pasado que

nadie conocía, en el porte y en la conducta con los grandes. Ignoro si mi madre, que llegó a ser su amiga y quizá confidente, escuchó de la Princesa alguna revelación; lo que sí sé es que alguna vez le rogó que, cuando muriese, se hiciese cargo de sus papeles y cosas personales y evitase que cayesen en manos de periodistas o historiadores. Es la razón, supongo, por la que este manuscrito llegó a mis manos. De su veracidad carezco de seguridades. ¿La mujer a quien llamábamos la Princesa era, en realidad, Myriam? ¿Se trata de una entera fantasía o es fantástica sólo en parte? ¿Se cuenta de manera directa algo que ha sido cierto? ¿O se trata de hacer creer algo que no sucedió jamás? Nada puedo decirle. Al regalarle el manuscrito, le ruego que lo lea y que haga de él lo que le parezca más honrado; sólo le pido que, si alguna vez lo publica, cambie los nombres de las personas y trastrueque los de los lugares hasta llegar a situarlo en un país indefinido.»

Le dije que era lo acostumbrado, en el caso de que el propio redactor del manuscrito no hubiera tomado él mismo sus precauciones y siempre que su intención expresa no fuese la contraria. No considero indispensable dejar constancia aquí de si he manipulado o no el texto, al traducirlo, más allá de lo exigido por la versión misma, que creo bastante fiel y, en algunos pasajes, superior poéticamente al original: pues el autor, ese Ferdinando Luis con cuya prosa pronto trabarás relación, no parece haber aspirado más que a declarar su pensamiento y a exponer sus recuerdos, lo que no me parece poco.

No sé si por casualidad o por error, al frente del manuscrito venía ese poema que titulo «Meditación XIII» por fidelidad al original. Estaba escrito en portugués, lo que le mete a uno en un piélago de conjeturas, la más obvia, ésta: ¿Tiene alguna relación con el contenido de La rosa de los vientos, o, como la

de un árbol en un libro, esa hoja lírica cayó por un azar en el cartapacio del manuscrito? ¿Aprendieron, Myriam o Ferdinando Luis, tan perfectamente el portugués como para osar la combinación de unos endecasílabos con unos heptasílabos sin que suenen demasiado mal? Carezco de datos para dar respuesta. No puedo, por tanto, aclarar otras conjeturas lógicas: siendo la «Meditación XIII», ¿existieron al menos otras doce? Y si ésta fue arrancada adrede de un poemario más amplio y puesta aquí, ¿por qué razón se hizo? ¿No es fácil que contenga una clave o que intente mostrarnos el talante con que el manuscrito puede (o debe) ser leído? Ahora que se habla tanto de esa pedantería de las «varias lecturas posibles», ¿no viene ese poema a indicarnos que sólo hay una legítima, la que descarta toda interpretación histórica, sociológica o mágica, y reduce a mero cuento de amores el contenido del manuscrito, aunque con ingredientes de otra naturaleza, como en la vida, incluidos por la propia fatalidad de los acontecimientos? Como tal cuento de amores la traduje, de varias clases de amor, porque, dentro de esa palabra tan absoluta, se encierran y muchas veces se esconden modos distintos y aun contrapuestos de relacionarse los hombres con las mujeres. No se puede negar, sin embargo, que, por distintos que sean esos modos, apuntan con bastante unanimidad hacia la misma interpretación única, incluidos aquellos casos en que el amor se manifiesta como odio.

Volviendo, sin embargo, al poema, necesito confesar que me gustó traducirlo, y que, gracias a semejanzas musicales del español y el portugués (que, para mí, pasan siempre por el gallego), la versión quedó bastante cerca del ritmo original, aunque en las palabras portuguesas palpita a veces un temblor como ese de la mar tranquila, que yo no he logrado reproducir ni trasladar. Pruébese soplando en la superficie del poema, y se

verá que no se mueve: al contrario del mar, jamás inmóvil. Creo, no obstante, que la función orientadora la cumple lo mismo. Aunque ¿quién sabe si no es precisamente ese temblor que dije lo que la esconde? De la poesía nunca se puede estar seguro; levanta esos misterios ante la inteligencia irritada, y encuentra en ellos su justificación. ¡Lástima que por ese temblor ausente, por esa incapacidad de transmitirlo, mi traducción del poema resulte bastante opaca!

Creo que, con lo dicho, he despachado el rito de justificar la publicación de un nuevo «Manuscrito hallado», que no sé qué número hace de los míos, pero que, como en otras ocasiones, me permite agarrarme al ejemplo del Quijote, al que de una manera o de la otra, recurro siempre: tengo el «Manuscrito hallado» por la más honra de las convenciones vigentes para el arte de la novela. ¿Habrá algo más petulante que ese señor que se pone a contar lo de otro en estilo indirecto libre? ¡Y menos mal cuando confiesa que la historia es enteramente de su invención! Lo que ya se puede ir pensando es en prescindir de una vez de cualquier rito y dejar que las narraciones en primera persona del singular corran su propia suerte. Es un modo como otro cualquiera de relatar una ficción. A esta que hoy publico añadí como experiencia el viejo procedimiento de las cartas. Se me echará en cara la inverosimilitud de que un príncipe reinante alcance a conocer las epístolas que se escriben sus súbditos, y las que reciben. Respondo con la referencia al canciller Bismarck, que, en sus Memorias (Pensamientos y recuerdos), cuenta cómo, por razones políticas, de la alta o de la baja, no lo puedo precisar, se interceptaba en las fronteras la correspondencia: cuya inviolabilidad fue una estupenda invención liberal de la que los sistemas absolutistas solían (y aún suelen) hacer bien poco caso. Lo peor, sin embargo, es que, en los

otros sistemas, también se ejercitan en esas intervenciones. Los pretextos son de fácil hallazgo.

Antes de terminar, quiero reconocer públicamente mi deuda con una página de Heine, aquella en que describe un concierto de Paganini. La leí hace aproximadamente medio siglo, y como será fácil de comprobar, sólo la releí después de escrito este libro, pero de aquel recuerdo me quedó una imagen de insistente recurrencia, que es de la que me serví. Figura en el libro Noches florentinas y espíritus elementales, que publicó en 1932 la Revista de Occidente. La «influencia» se aprovecha en este caso por uno de los procedimientos más eficaces, es decir, el de escribir justamente lo contrario de lo que se toma como modelo: un caballero elegante y atractivo (por ejemplo) en vez de un feo mal vestido, etcétera. No aspiré en ningún momento a que mi descripción de un concierto romántico superase la de Heine, ¡Dios me libre!, entre otras razones porque yo nunca asistí a ningún concierto romántico, y las sonatas para violín y guitarra, o viceversa: sólo envasadas las conozco. Pero hay en esas páginas un párrafo que me gustaría suscribir, y voy a hacerlo, no por haberlo imitado, ni siquiera por haberme inspirado en él, sino por razones que luego se dirán. Describe Heine el paso de Paganini por las calles de Hamburgo, acompañado de un sujeto menudo, ridículo, quizá travieso: a este personaje se refieren las líneas textuales: «Claro que el vulgo ignaro se figura que este acompañante es un autor de comedias y anécdotas, Harry, de Hannover, que Paganini lleva consigo en sus viajes para administrar sus asuntos de dinero. El pueblo no sabe que el diablo ha tomado la figura de Jorge Harry, y que la desdichada alma de este hombre está encerrada en Hannover, en un cajón, hasta que el demonio le devuelva su envoltura carnal para acompañar acaso por el

mundo a su maestro Paganini en la forma, más digna, de perro negro». La mención del diablo, hecha con tanta seriedad, me resulta utilísima, aunque semejante personaje no sea ninguna novedad cuando se trata de Paganini, que tuvo con él tratos y conciertos secretos y, en cierto modo, conjeturales. Otros pasajes podría citar, de este poeta y de sus contemporáneos, e incluso de algunos posteriores, en que se muestra la facilidad, la frecuencia y la familiaridad de las gentes de espíritu con el diablo, y cómo a éste se le tenía por factor importante en el entendimiento e imaginación del Universo. ¡Siglos, y aun milenios, llevaba en su situación de privilegio, contrapeso del Otro, y, según la más exacta definición que conozco, su esnob! Fue, sin embargo, una definición tardía. De conocerse a tiempo, hubiera evitado la deformación de su imagen por mentes sucias, inventoras de repugnantes aquelarres y de ridículas, aunque criminales, misas negras. Su expulsión y olvido en nombre del racionalismo y del realismo no tuvo otra consecuencia que propiciar la concepción de arquitecturas cósmicas desequilibradas, de interpretaciones de los hombres que acaban convirtiéndose en un gato que se envolvió en su propio ovillo y que, cuando intenta salir de él, no encuentra mejor solución que irse comiendo el hilo. Con el diablo, las cosas resultaban mucho más inteligibles: los «complejos» iluminan las cosas hasta cierto punto, más allá del cual permanecen las almas a oscuras; la lucha entre la gracia y la tentación aclara hasta los últimos rincones, y no es ni más verdadera ni más falsa que la psicología. ¿Quién, sin el diablo, se atreve a explicar la vida y la genialidad de Paganini, aquel forzado de galeras que se salvó con la venta de su persona entera al Infierno y al Maligno? Como de Tartini se cuentan aventuras similares, será cosa de pensar que la música, al menos la italiana a partir de Palestrina,

y siempre que se dejen fuera Los Pinos de Roma, es un arte diabólico (y no, como acabo de oír por radio no hace ni una hora, a uno de esos jóvenes que lo saben todo, un arte sexual. ¿Qué diría Pitágoras? ¿Y no será más bien que, por lo que tiene o debe tener de rítmico, el ejercicio sexual pertenece a la música? Lo pienso hace mucho tiempo, a veces lo tengo escrito, y estoy persuadido de que, por pensarlo, Pitágoras no me arrojaría de su escueta matemática).

Hay que recuperar al diablo para la literatura, y yo, que lo vengo haciendo desde 1938, jamás he sido condecorado por ello, ni siquiera por el mismísimo diablo. A lo mejor, no es agradecido, por eso, a fin de cuentas, es un detalle baladí. No todos los personajes literarios son generosos, ni siquiera los grandes, salvo aquellos en que la generosidad y la gratitud figuran como programa necesario o aleatorio de su conducta. Todo consiste, pues, en inventar un diablo magnánimo y en hacerlo verosímil: que es lo difícil, pero también lo urgente. Si ya no se cree en el diablo, no es porque los filósofos o los teólogos, quizá también los físicos, nos hayan demostrado su inexistencia, sino porque los que creen en él o dicen creer lo conciben bajo apariencias inverosímiles, poco más que un sucio brujo de pueblo. Lo más importante del diablo, lo que yo creo específicamente diabólico, es su capacidad de transformación: por eso transcribí el texto de Heine, donde aparece bajo figura humana y anuncia su posible asunción inmediata de una figura canina. El hecho de que sea negra, y acaso fea, obedece a razones técnicas, del más puro equilibrio estético; pues si se acaba de describir a Paganini como sujeto de una fealdad extraordinaria, no será aconsejable colocar a su lado a un pavo real: ni siquiera a un galgo ruso. El demonio, o, si lo prefieren, el diablo, es muy cuidadoso de las formas,

sean éstas complementarias o equilibradas. Nadie como él conoce las leyes del contraste, y no digamos las de la armonía, pero también sabe algo de la ley de las discordancias tolerables: Paganini, seguido del pavo real, habría sobrepasado el límite, operación tan peligrosa en la Literatura como en la Historia.

Por el rescate literario del diablo, yo ya hice lo que pude, así como por el de esas zonas de realidad incierta que los hombres de ciencia no se atreven a afrontar, o lo hacen despa-chándolas despectivamente, con lo cual quedan al albur de cualquier zascandil. Es un error. Las brujas, la brujería, son acaso un símbolo de esa incertidumbre. Con ellas, ciertos mitos y ciertas tradiciones. De que las hubo de gran categoría y poder inmenso, no me cabe duda: tampoco de que las conocidas y quemadas fueron sólo su proletariado, o, más exactamente, las marginadas del gran misterio, las que sólo conocieron y aprovecharon los flecos del Gran Tapete. No es que trate de reivindicarlas, sino de que se las mire con la debida inteligencia y el respeto que merece todo lo real, incluido aquello que escapa a los instrumentos de investigación. Las que introduzco en esta narración carecen de base histórica, lo cual sólo quiere decir que yo la ignoro, pero no que no exista. La razón de haberlas metido en una fábula o ficción más o menos poética se acerca mucho a la que tuvieron los inventores (es decir, descubridores) de las antiguas Mujeres Poderosas, de las Magas. No sé quiénes fueron ellos, pero coincidimos en ciertas intuiciones. Al revés de lo que dice un refrán de mi tierra, sé que no hay brujas, pero creo en ellas. ¿Qué trabajo me cuesta? Con inventarlas, ya está. Los millares de las sindicadas en Inglaterra o de las que trabajan por libre en París y en Nueva York las doy por ilusorias.

*Bueno. Ya está bien. Comencé con el propósito de perge-
ñar una justificación innecesaria y acabé despachándome a mi
gusto. Es lo que realmente me divierte. En fin, como dicen las
brujas de Macbeth:*

*Thrice to thine, and thrice to mine,
and thrice again, to make up nine».*

*La Historiografía no es más que una parodia
de la opereta*

W. H. FINKE

LA REFLEXIÓN XIII

A los amores les llegó el momento.
Lávate el corazón y las palabras.
Cuando saques del alma una, cualquiera,
mira si resplandece,
o si, al menos, calienta; desconfía
de aquellas que coruscan en lo oscuro;
detrás yace el engaño.

Es misión de la mente
traerte la esperanza o el recuerdo:
su brillo mate anuncia
que envía su fulgor a las entrañas,
las de sangre y ensueño; sangre digo,
la sangre reclamada por el otro.

No pienses que del alma se prescinde,
tampoco que el amor es sólo cuerpo:
acaba todo en él lo que allí empieza;
pero, dónde transcurre, no se sabe:
¿lugar?, ¿tiempo?, ¿razón?, ¿melancolía?,
el ansia del amor se engendra dentro:
desde el silencio íntimo

progresas vena a vena
por las capas internas de la vida
hasta que el roce duele y hace sangre.

Entonces, sale el ansia.
Salta a los ojos o por ellos salta,
salta como una llama o una angustia,
como un suspiro que no busca un nombre
o el temblor de una mano sin objeto.

Ya no remueve dentro, ya no espera
nada del alma ni de su congoja.
Muchas veces se engañan con el goce
este anhelo, y el ansia;
pero el placer les deja sólo arenas
en los labios resecaos.
Ese placer es siempre solitario,
aunque al lado esté el otro.

Nunca sabes el nombre del que gime
como tú, junto a ti, y entrambos cuerpos
tierra yerta serán, tierra sin riego:
a las arenas se las lleva el viento.
¿Por qué no muerdes esa huella fría
y le sacas la sangre a los recuerdos?
¿Por qué no buscas, en el aire, al otro?
Está lejos, pasado el horizonte,
donde no puede estar y donde puede:
alto, si dice hondo;
claro, si dice oscuro,
y si dice mañana, será nunca,

aunque ese nunca en el amor no exista,
aunque sea ese nunca de la nada:
pero él está allí, te está esperando.

No me respondas que ya no me entiendes:
confuso, en el amor, es como claro,
y las lenguas de amor no se adivinan.
¿Por qué no hablar de amores, sin embargo?
Las historias de amor son infinitas,
felicidades unas, desdichadas otras:
es lo que dicen los que nos las cuentan,
como si las hubieran presenciado.
Nadie sabe qué dicen los amantes
cuando se miran silenciosamente;
nadie sabe qué hacen, o si hicieron
algo más que llamarse por sus nombres.
¿Para qué quieren más, si eso les basta?
El amor es, por dentro, misterioso.

Esas manos de amantes, que resbalan
por la pared de piedra, al alejarse,
y empiezan a esperar desde ahora mismo;
esas manos crispadas, que retienen
cada una la huella de la otra,
son silencio de amor, son esperanza.

Pero, el resto..., ¿quién sabe qué es el resto?

I

Existe una carta de mi primo Carlos Federico Guillermo a mi asimismo primo Guillermo Federico Carlos, en la que, con bastante cautela, aunque también con la ruda franqueza de los soldados, se dice de mí que soy «el más tonto de los príncipes reinantes, e incluso de los que nunca han reinado ni reinarán jamás por carecer de tierra donde caerse muertos». Mi primo Carlos Federico Guillermo siempre fue muy amable conmigo, y cuando me expulsó del exiguo trono que me quedaba, si bien por transmisión directa y milenaria (y no como él, bastardo vergonzante de un embajador turco), lo hizo con todos los miramientos legales y sin humillarme más de lo necesario: como que no envió, para invadir mi territorio, arriba de cien soldados, habida cuenta de que mi ejército, desde el paso memorable de Napoleón por mis estados (demasiado de prisa por fortuna), nunca excedió de los cuarenta y nueve, incluidos los sargentos y los suboficiales: a la oficialidad no la meto en el cómputo, porque en mi gran ducado era oficial todo el mundo, aunque nadie apareciera por el cuartel, entre otras razones válidas porque su condición honoraria apenas si les daba otro derecho que al uso de uniformes asombrosos, lo que más les

importaba: tanto es así que, cuando me sustituyó mi primo, sus primeras medidas legales se encaminaron a mantener el derecho de los tenderos y de los industriales que le habían favorecido, a llevar colgada al hombro una chaqueta profusamente ornamentada y de colores llamativos, en los desfiles a caballo. ¡Qué divertida menudencia histórica sería la de cuanto se hizo en Europa y de cuanto sucedió en el mundo para que lleve el uniforme la gente, sobre todo la que carece de un derecho razonable y no meramente imaginario! El comandante de mi ejército no era de éstos: había estudiado en las mejores escuelas, y aunque tampoco iba por el cuartel, lo hacía por las mismas razones por las que tampoco iba yo, y que tienen algo que ver con esa definición de tonto, tan amable y tan cómoda, que dio de mí mi primo; pero como de ese comandante he de hablar otras veces, ahora me limitaré a decir que hacía el número cincuenta del ejército efectivo, y si se me considera a mí también como militar en tanto jefe supremo que suelen titularse todos los jefes de Estado, el número excedía del medio centenar en esa mínima, solitaria, universal unidad que era yo, un príncipe algo tonto. Sucedió que también la policía municipal, en tanto fuerza armada, consideró vistoso tenerme a mí por jefe superior y vistosamente decorativo, y no al Burgomaestre, que lo era entonces un tal Fritz, con lo cual se armó un escándalo de resonancia ampliamente ultramarina: en mi país, rodeado de mar casi por todas partes, a poco que grite alguien, sus gritos de protesta, de dolor o de espanto llegan a las orillas de enfrente, que quedan lejos; pues un redactor primerizo del *The Times* vino a curiosear lo que pasaba, y lo contó en Londres con notoria

falta de medida en el tratamiento verbal (ya se sabe que los ingleses tienen un sentido del humor muy peculiar, sobre todo cuando se trata de países que carecen de marina de guerra), y en las cancillerías más atentas se temió una contienda civil, hasta el punto de que mi primo envió investigadores secretos. Llegamos al acuerdo, el Burgomaestre y yo, de que mi nombre dejaría de figurar en ambas nóminas, la del ejército y la de la policía, con lo que él quedó contento, yo tuve una fiesta menos a la que asistir, y los efectivos del ejército recuperaron el número de siempre, ese medio centenar que además de redondo es muy bonito: mi edad de ahora, por ejemplo, lo que se dice la verdadera flor de la vida cuando se es un tonto destronado. Los guardias forestales estuvieron a punto de alterar el *statu quo* tan trabajosamente acordado como éste, porque se les ocurrió proclamarme guarda mayor de las praderas y los bosques con jurisdicción real sobre osos, ciervos y comadreja. ¡Lo que me hubiera gustado ver cómo me hacían el *rendez-vous* estos animalitos debajo de un abedul milenario! Pero, cuando el expediente burocrático se hallaba a la mitad de sus trámites, se le ocurrió destronarme a Carlos Federico Guillermo, y si yo perdí la ocasión de señorear a unos cuantos plantígrafos inofensivos, los guardas forestales se sintieron muy defraudados en sus deseos de tenerme por colega y de comer conmigo, al menos una vez al año. Quizá les haya consolado la esperanza, no del todo imposible, de comer alguna vez con mi primo, que se proclamó a sí mismo guarda mayor forestal sin necesidad de trámites. No espero que ninguno de estos acontecimientos pase a la historia, pero la definición que dio de mí el tan citado

vencedor (a quien, a partir de cierta página, llamaré con preferencia el Águila del Este), por haberse filtrado a los medios diplomáticos de toda Europa y porque el texto de la carta figura en los comunicados confidenciales igual que en los archivos de la corona, el remoquete de tonto es del dominio común y no habrá ya quien se atreva a arrebatármelo. Ni destronado lo perdí. Es cierto que el día en que me echaron de mi casa y me acogió en su reino mi buen vecino Christian, después de darme la bienvenida y un abrazo, me dijo en confianza: «Tú no eres tan tonto como dicen, ¿verdad, Ferdinando?», pero yo le rogué que me guardara el secreto, y él, no sólo fue silencioso al respecto, sino que sigue llamándome tonto cuando no estoy delante. Christian se porta como un amigo leal; le debo mi pan y la tierra que piso, la libertad en que me muevo y el incógnito en que me permite vivir: Christian ejerce la suprema galantería de no contar conmigo para nada, con lo cual me evita además el tan penoso papel de los príncipes destronados en las cortes caritativas. «¡El pobre Ferdinando Luis, con lo tonto que era!» «Pues no lo hacía mal a pesar de ser tonto.» «¿Cómo iba a hacerlo mal, si no hacía nada...?» «No sea injusta, señora. Hizo al menos dos hijas.» «¿Usted cree, marqués? De la segunda se duda de que sea suya.» «¡Ah!, ¿sí? ¡No me diga!» «Hay quien piensa que de Liszt, el músico, pero otros creen que de Bismarck.» «¡Bismarck!» Pero de esto no hay nada escrito todavía. Los niños de las escuelas del que fue mi país estudian la historia en libros en que se me nombra (siempre en notas al pie) como Ferdinando Luis, el Tonto, sin referencia a mi vida privada, y como tal se me da por muerto. Pero como

mi país ya no es ni siquiera un país, sino una parte olvidada del de mi primo, los libros de historia de enseñanza obligada se elaboran en la lejana Corte Imperial, la más imperial de todas las cortes del mundo, incluida la del Tombuctú, y los súbditos de este extremo del mundo no tienen nada que decir: por algo somos nada más que un Finisterre, eso que en otros tiempos era ser algo por tener tan a mano el Misterio, y hoy, si se nos conoce, es por el nombre de un cabo: el Misterio ha caído en desuso. ¿Que me llaman el Tonto? Bueno, ¿y qué más da? No hice otra cosa en mi vida (no conviene exagerar: en mi vida hice algo más que eso) que organizar y preparar la difusión, entre los que representan la opinión de todos, de ese infundio tan cómodo de mi tontería. El que me lo llamen en los libros de historia, por mucho que sus textos los elaboren con la peor intención los esbirros intelectuales de mi primo, constituye mi triunfo: secreto, pero de íntimas satisfacciones.

No sé por qué me parece que la historia de mi destronamiento voy a tener que contarla varias veces, aunque confío en que de un modo distinto cada una de ellas; quiero decir, las mismas cosas con distintas palabras y desde puntos de vista variados: aunque a lo mejor me equivoque, porque no tengo muy claro lo que voy a contar. En realidad, en este cuaderno no hay más que la recordación un tanto enrevesada de mi destronamiento, aunque no sea lo más importante que aquí se cuente, sino sólo el pretexto y cañamazo. Pero conviene no olvidar que el narrador soy yo, y que cuento como me da la gana: aunque carezca de importancia, a veces me gusta hacer creer que soy lo que se llama un personaje histórico

o dárme las de tal, si bien de los de menor cuantía, muy por debajo de los Emperadores. No es imposible hacer un papel bastante digno cuando uno se encontró, por nacimiento, en rangos tan intermedios, y hasta estoy persuadido de que semejante papel no sólo se puede, sino que debe hacerse: aunque eso lleve consigo el riesgo de representarlo con idéntico empaque y la misma solemnidad que los verdaderos protagonistas de la Historia, e incluso acontece a veces que el secundón supere al principal en esos matices de estilo: ¡he visto cada príncipe consorte...! Mi primo Carlos Federico Guillermo pasea por Europa con todas las plumas que puede soportar su casco de guerrero para creerse alto; una vez que nos fotografiamos juntos, le excedía en las plumas y en la prestancia. «Pero, hombre, Ferdinando —me dijo la tía Carolina, que también lo sería de Carlos si Carlos no fuera hijo de quien es—, ¿no comprendes que no te perdonará jamás tener la facha que tienes, y que la gente lo sepa? Debías haberte torcido un poco y poner esa cara de tonto que todo el mundo te atribuye.» La tía Carolina siempre me quiso bien, y cuando me expulsaron del país, me mandó recado de que, mientras no encontrase acomodo mejor, podía refugiarme en su villa de la Riviera. Por fortuna, lo que me ofrecía Christian quedaba mucho más cerca, y yo andaba mal de dinero cuando la huida, para meterme con dignidad de vencido en un asunto de viajes hasta tan lejos.

Pues lo que sucedió fue que Carlos Federico Guillermo empezó a mandarme recados y notas diplomáticas para que hiciese esto y lo otro. La gente de mi país marcha sola y no hace falta gobernarla, pero Carlos

Federico Guillermo quería hacerlo antes incluso de invadirnos, aunque por Gran Duque interpuesto. Estaba bien informado, se metía en todo, pero como en mi país nunca pasaba nada, él lo inventaba, y me alertaba acerca de tal conspiración, de tal grupo sospechoso, de tal sociedad secreta, que nunca iban contra mí, sino contra él y su reino, promovidos, protegidos y pagados por Inglaterra. Así me tuvo en vilo durante varios años, aunque le acuciasen personas y cuestiones más importantes que yo y que mi país, y si, por fin, se decidió a invadirnos y a ponerme en la calle (es un decir), fue en un momento de descanso, por la conveniencia estética de situar, entre una operación grandiosa y una operación ruinosa, una tercera, delicada y en cierto modo elegante: cuestión de equilibrio y quién sabe si también de armonía. Se limitó a enviarme un correo personal con la siguiente nota: «A las nueve de la mañana de tal día (que era mañana), cien hombres de mi ejército entrarán en tu ducado y tomarán posesión de él en nombre de mi Imperio y en virtud de mi indiscutible voluntad. Como esta nota la recibirás la tarde misma del día anterior, tienes tiempo de hacer el equipaje y de coger un barco que te saque del país. A tu hija Rosanna, déjala, que al mando de esos cien hombres irá nuestro primo segundo Raniero, que va a casarse con ella porque desea ser Gran Duque consorte y comandante honorario de tus cincuenta soldados. Puedes llevar tus cosas personales. Como tengo un inventario completo de lo que contiene el castillo en alhajas y cuadros, si se echa de menos algo, lo recobraré mi justicia aunque te escondas debajo de los Alpes. No te preocupes por tu reputación: a tu pueblo no le importa, y, para

tranquilizar a las potencias, mis juristas tienen preparada una impecable justificación, así como un filósofo la suya, más trascendente. Buena suerte». De lo que no me advertía mi primo fue de que Raniero violaría a Rosanna sin quitarse las espuelas, antes de hacerla su esposa, asimismo a la fuerza. El mensajero me ofreció, cuando tuve la carta leída, el inventario de los objetos de mi palacio. «Tengo orden de entregárselo por si necesita consultarlo.» La verdad es que apenas me daba tiempo para averiguar qué cosas eran mías y cuáles no. Mi ropa, claro, mi navaja de afeitar, los retratos de mi mujer difunta y quizá algún bastón. ¡Ah, y la correspondencia! La correspondencia no figuraba en el inventario. Carlos Federico Guillermo, desde algunos años antes, me había obligado a que la policía copiase *todas las cartas* que entraban o salían en el ducado, lo que me puso en el trance de duplicar el personal y de pagarlo: ¡una ruina! Se me ocurrió, sin embargo, que ya que yo lo pagaba, que sacasen dos copias: una, la que exigía mi primo, y la otra, para mí: capricho que me permitió conocer a destiempo, y sin remedio ya, los amores de Amelia con Franz Liszt, ¡un músico genial!, y no con ese prepotente de Bismarck de quien habían hablado. Yo creo que en los veinte o veinticinco años que duró la violación policíaca de la correspondencia nacional, no pasaron de tres las cartas que podían interesar a Carlos Federico Guillermo. Ignoro lo que hizo de las demás. Yo las archivé todas y las clasifiqué; algunas, como es ya de fácil deducción, las leí. Primero, mientras era Gran Duque, porque, cuando por la tarde me dejaban solo, me aburría; después, en el destierro, porque, al leerlas, me parecía como si reviviese acontecimientos

olvidados y conociese personas desconocidas. Son miles, esas cartas. Contienen infinidad de historias. Aunque segregue del montón las comerciales y triviales, con el resto tendría para llevar quince o veinte volúmenes de gran formato y de letra pequeña. No descarto la idea de ordenarlas, de modo que esas historias, ahora un caos, se organicen; y de publicarlas después, pero necesitaría vivir años y tener mucho dinero, y sé que no lo tendré nunca.

Además de las cartas, hay también algunos documentos de los llamados confidenciales. He roto muchos, delaciones repugnantes los más de ellos, anónimos contra éste o a favor de aquél, cuando no contra mí mismo. Me pregunto cómo desahogarían ciertas personas su alma miserable antes de popularizarse la escritura. ¿Quién habrá sido el inventor genial del anónimo? ¡Con lo sencillo que es! Se ponen los insultos uno detrás de otro, y ya está. Se da salida a la envidia y al resentimiento, y ya está: quedan, en tinta, ríos de basura. No sé si he hablado ya de la señora Stolle, pero hablaré, ya lo creo. Tiene un salón donde acuden artistas y otras personas inteligentes. ¿Por qué sospecho que de esta casa sale la mayor parte de las denuncias contra los liberales, las acusaciones de deslealtad y de perversidad contra personas que tengo por mis amigos o, al menos, por mis defensores? La señora Stolle denuncia a sus propios contertulios y la imagino convencida de que hace un bien a la patria, cuando a quien favorece es al Águila del Este. En cambio, Paulus, el sargento... Tiene a su cargo informarme de lo que pasa por la ciudad. Da vueltas por las calles, habla con éste y con el otro. Después me escribe.

*Del Sargento Paulus a S.A. el Gran Duque
Ferdinando Luis, respetuosamente*

«Señor, en mi último informe le hablaba de que la señora Sauce iba a dar a luz un día de éstos: pues ya fue madre de una hermosa niña, a la que puso el nombre de Tarakanova, que, a mi juicio, va a resultar demasiado largo. La señorita Rosa, la de la tienda de encajes, riñó con su prometido, y esto ha causado un gran revuelo en el barrio del Sur, porque la gente del barrio del Sur es muy solidaria con todos los del barrio del Sur, y como el novio de la señorita Rosa era del barrio del Este, no lo veían muy bien, y el abandono de que hizo objeto a la señorita Rosa se considera como una ofensa a todo el personal. Es muy posible que haya peleas entre los muchachos del Sur y los del Este, que al parecer también se solidarizan con el novio de la señorita Rosa. La tendera de verduras de la calle del Timón Roto, que tiene una cochiguera pese a que la gente protesta, ha visto aumentada la población cerdil en ocho rosados lechones, de los cuales ya lleva vendidos cuatro; y es lo que dice la señorita Verbena, que le hace la competencia: o vende berzas o cerdos, pero no ambas cosas. Por cierto que el hijo de la señora Verbena, contra la voluntad de sus padres, que querían asociarlo a su negocio, se ha embarcado en una fragata de las que van a Inglaterra, pero con la intención de pasar a América cuando esté más espabilado en lo de trepar a los mástiles. Señor Gran Duque, a la señora Zanahoria, quien tiene un negocio de ultramarinos en la calle

del Timón Intacto, le ha salido un grano maligno debajo del sobaco, y se corrió la voz de que han de salirle otros seis: que por el número llaman golondrinos, yo no podría explicar por qué: la señora Zanahoria está muy abatida, y su marido se dedica a recorrer los barcos extranjeros en busca de un unguento que le cure a la mujer, a la cual, como está tan dolorida, no puede tocar de noche. Por eso de tocarse o no tocarse también hubo conflicto, con bronca de las gordas, en la calle de la Cuaderna Apolillada: porque se descubrió que el señor Saulo, el enfermero del hospital, había tenido relaciones con una de las enfermeras, y por esta razón su mujer no le admite en el lecho conyugal, y le dice que vaya a holgarse con la otra: el barrio está dividido, los hombres a favor del señor Saulo y las mujeres a favor de la señora Stella, que así se llama la interesada. Lo más subido del escándalo suele ser hacia las ocho de la noche: es un espectáculo divertido y recomendable, en el que se ve cómo la gente se contenta con las palabras sin pasar a las obras. Señor Gran Duque, a la señorita Esmeralda, que vende hilos y avíos de coser, todo eso que ellas llaman quincalla, en la calle del Pez Volador, conforme se entra, le quiso cerrar la tienda el banco, porque no podía hacer frente a una letra de veinte táleros que le venía del extranjero: pues la gente hizo inmediatamente una colecta, yo contribuí con diez peniques que faltaban, y cuando llegaron los ejecutivos, se les pagó la letra y quedaron con un palmo de narices, porque lo que hace felices a los ejecutores es precisamente ejecutar. ¡Si habrá mala gente!»